

### Cruji Choc

—Uno, dos, tres y... cuatro —Contó innecesariamente Julia, mientras movía la ficha verde hasta la casilla de meta— ¿Cuánto me debéis ya?

Asunción se puso a hacer la cuenta de cabeza, Dolores se quitó las gafas para pasar la gamuza por los cristales y Petra soltó una maldición entre dientes. Un celador que paseaba mirando de reojo por las mesas impidió que Julia insistiera en su pregunta. Con el fin de evitar las apuestas, hacía tiempo que los juegos de cartas y el dominó estaban prohibidos, de manera que el parchís era el entretenimiento preferido en aquel lugar. Ellas solían juntarse en torno a la última mesa de la sala de estar, la más alejada de la televisión, escondiendo en los bolsillos sus pequeños monederos de cuero, más o menos llenos de monedas de cobre. Las ventanas daban a un jardín que en los folletos parecía mucho más grande y las paredes estaban farradas de carteles con sonrientes celadores, que pasaban la mano por encima del hombro a no menos sonrientes ancianos, luciendo, unos y otros, perfectas dentaduras resplandecientes.

Asunción comenzó a hurgar en su chaqueta y sacó un envoltorio rojo brillante, con un león de dibujos animados que guiñaba el ojo y adelantaba un brazo con el pulgar levantado. Lo abrió con cuidado y comenzó a comer el pastelito que contenía.

—Todavía tenemos tiempo para jugar otra ¿No? —dijo sin dejar de masticar, mostrando los dientes y la lengua manchados de chocolate.

—¿Eso es un Cruji-Choc? ¿De dónde lo has sacado? —dijo Julia quitándoselo de un tirón.

—El médico nuevo me dio un paquete, pero éste es el último —contestó Asunción sin dejar de mirar el pastelito en la mano de su amiga.

Julia lo dejó caer sobre la mesa y su dueña alargó rápidamente la mano para recuperarlo.

Con cierta frecuencia, Asunción era trasladada para pasar la noche bajo observación, a una habitación aparte, debido a sus tendencias autoleasivas. Un par de veces al año, una al principio de la

primavera y otra al inicio del otoño, sufría una crisis que comenzaba con la pérdida del apetito y acababa con una sobredosis de medicación. Mientras iba recobrando la consciencia poco a poco, solía repetir el nombre de un tal Manuel, que no era su difunto marido.

—Parece ser que ahora a las que están mal de la cabeza las tranquilizan con pastelitos, que son más baratos que la medicación. ¿No Asun? —dijo Dolores.

La aludida bajó la cabeza y siguió engullendo el dulce.

—Pues yo haría lo que fuera por comerme uno. Cuando mi nieta era pequeña me insistía en que le comprara y luego me los tenía que acabar yo, porque ella con dos bocados se llenaba. El problema es que a mí el médico no me lo va a dar —dijo Julia soltando una carcajada.

—Hay una manera. —dijo Petra, que abría la boca por primera vez tras perder la partida.

Las demás callaron de repente. Incluso Asun se detuvo antes de meterse en la boca el último bocado de Cruji-Choc.

Una vez que comprobó que había captado la atención de las demás, Petra continuó.

—Tiene que resultar convincente, pero nosotras sabemos hacerlo. Conocemos todos los rincones de este sitio, a todo el personal, sus rutinas... Solo hay que planearlo bien. ¿Sabéis quién viene mañana?

Ninguna contestó porque todas lo sabían. La celadora que vendría a la mañana siguiente se llamaba María José, aunque le encantaba que se dirigieran a ella como Doña María José. Eso le hacía sentirse alguien importante, con autoridad y segura de sí misma. Cuando no estaba delante, los ancianos la conocían como “Relojito” debido a su enfermiza obsesión por los horarios. Normalmente arisca, solía tener un rostro de concentración que la hacía parecer ausente de lo que le rodeaba. Se había extendido el rumor de que en todo momento sabía en qué segundo exacto del día se encontraba y de que los estaba contando continuamente.

—Bien —continuó Petra—. Relojito aparecerá justo con el toque de la sirena, a las 7.55 y hay que hacerle ver que estás muy deprimida.

—Si se lo digo no se lo va a creer.

—No se lo dirás, se lo mostrarás —Acercó la cabeza al centro de la mesa, para que todas lo oyeran aunque bajara la voz—. Fingirás un intento de suicidio.

Dolores y Asun se rieron, pero Petra permaneció mirando a Julia sin un atisbo de sonrisa.

—No me voy a atiborrar de pastillas —dijo Julia— que bastante mal tengo el estómago.

—No, eso es muy peligroso. Hay una forma mucho más sencilla. Escucha. Una persona que se ahorca tarda en morir de dos a tres minutos. De mi habitación a la tuya, Relojito tarda en pasar menos de medio minuto y eso será todo lo que tendrás que aguantar. Cuando empiece el “recuento” tú ya debes tener una sábana sujeta en la ducha y con el nudo hecho. Cuando pase por mi habitación yo gritaré “¡Buenos días!” muy fuerte para que me oigas bien y ese será el momento en el que te tendrás que ponerte la sábana alrededor del cuello y dejarte caer. No correrás ningún peligro, pero empezarás a notar la falta de oxígeno, lo justo para que cuando relojito llegue, te vea agobiada, te suelte y no le quepa duda de que tenías la intención de matarte.

No se volvió a tocar el tema en toda la tarde, ni siquiera cuando las cuatro se sentaron a cenar, hasta que, en el momento del postre, Julia dejó caer en el plato el cuchillo y la manzana a medio pelar y preguntó.

—¿Funcionará?

Petra no pareció sorprenderse por la súbita pregunta.

—Tendrás que escribir una nota de suicidio. No te compliques, pon que estabas muy deprimida, que ya no podías más y te despidas de tus hijos y de tus nietos diciéndoles que los quieres mucho y que te perdonen.

—Pero ¿Qué pensarán después?

—¿Hace cuánto que no te vienen a ver?

Aquello terminó de convencer a Julia. Quizá con ese paripé pudiera matar dos pájaros de un tiro, ya que un poco más de atención por parte de su familia no le vendría mal.

—Pon algo también del perro —Intervino Dolores— que lo vi en una película y queda muy bien.

Nada más volver a su habitación se puso manos a la obra. Buscó el bolígrafo y el papel para escribir cartas que le había regalado el cura y esforzándose en la caligrafía escribió una nota que a ella le pareció bastante convincente. Lamentó no podérsela enseñar a Petra para que comprobara si las palabras estaban escritas correctamente, pero estaba orgullosa porque en la hoja no había ningún tachón.

A la mañana siguiente se despertó con su alarma, no solía usarla, pero aquel no iba a ser un día cualquiera y quiso asegurarse de que se levantaría con tiempo. Se aseó con calma y después de dudar un poco, optó por ponerse el vestido verde con los pendientes a juego y se pintó los labios. Siempre había pensado que había que arreglarse cuando se iba a ver a un médico. Colocó la sábana en la alcachofa de la ducha y dio un par de tirones para comprobar que estaba bien sujeta. Una vez que ya estaba todo preparado se sentó en la cama mirando su nota de suicidio y sonrió imaginándose el susto que se iba a llevar la celadora.

Tal y como esperaban, antes de que el sonido de la sirena se hubiera detenido, Relojito hizo su aparición en el pasillo. Se iba parando delante de cada habitación y daba los buenos días mientras entreabría la puerta y observaba que la ocupante se encontraba en buen estado. Algunas ancianas le correspondían también con un educado saludo, pero la gran mayoría, convencida de que los buenos días de Relojito no eran un deseo, sino un trámite para comprobar que seguían vivas, no se molestaban en contestar y se limitaban a levantar la mano.

—¡Buenos días! —gritó Petra, antes de bajar la voz y continuar— Buenos días, Doña María José, tengo que contarle algo urgentemente.

Relojito dudó un momento, pero se detuvo picada por la curiosidad.

Petra la cogió de la mano y le hizo pasar a la habitación y sentarse en la cama junto a ella a la luz de la lamparita.

—Mire cómo tengo los ojos —dijo mientras se ayudaba de sus dedos pulgar e índice para estirar la piel y facilitar la visión de sus párpados.

Relojito miró y buscó con atención, tratando de encontrar aquello que inquietaba a la anciana hasta que, cansada de no encontrarlo, desistió.

—No veo nada ¿Te duele?

—Tengo una molestia.

—Seguro que a la hora del parchís ya ni te acordarás. Ahora déjame continuar, que ya me has retrasado tres minutos —dijo la celadora saliendo de la habitación, mientras miraba su reloj solo para confirmar la exactitud de su estimación.

Sin molestarse en dar las gracias, Petra se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada y sonrió mirando hacia la mesilla donde estaba su monedero.